

Furia plena

Jimena
Elorriaga



Ediciones
Bon Art

Furia plena

Elorriaga, Jimena

Furia plena / Jimena Elorriaga. -- Ciudad de México : Ediciones Bonart, 2024

352 pp. : 15 x 23 cm. -- (BonArt)

ISBN 9786076966921 (impreso)

ISBN 9786076966938 (ePub)

ISBN 9786076966914 (pdf)

I. Novela Mexicana – siglo XXI. I. t.

LC: PQ7298.15 R

DEWEY: 863.7 R



Furia plena

Primera edición: 2024

De la presente edición:

D. R. © 2024, Jimena Elorriaga

D. R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

ISBN 978-607-69669-2-1 (impreso)

ISBN 978-607-69669-3-8 (ePub)

ISBN 978-607-69669-1-4 (pdf)

Cuidado de la edición: María del Valle Castillo

Responsable de la colección: André Urzúa Plá

Diseño de forros e ilustración de portada: Mariana Romero Sabre

Diseño editorial: Mariana Romero Sabre

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Jimena Elorriaga

Furia plena

Edicions
Bon
Art

Contenido

CORTARSE LAS VENAS CON GALLETAS DE ANIMALITOS REMOJADAS EN LECHE

La llegada	15
La iglesia	45

¿SABÍAS QUE LOS DINOSAURIOS TENÍAN PLUMAS? LAS GALLINAS SON DINOSAURIOS

La escuela	69
------------	----

NO ME GUSTAN LOS CANGREJOS GIGANTES

La feria de día de muertos	107
La reja	133

CEREBRO... ¿QUÉ VAMOS A HACER ESTA NOCHE?

El lago	179
El encierro	237

SALUD, MEDIO AGUACATE

El trato	273
El cementerio	315

A Patricia y Lorea



Agradecimientos

Hay tanto que agradecer a tantas personas que me permitieron que este libro viera la luz que me será imposible nombrarlas a todas, así que me disculpo si no los menciono. Primero, quisiera comenzar agradeciendo a todos mis amigos y compañeros de mi grupo de tercero de secundaria del Colegio La Paz por ser los primeros en leer esta historia hace unos cuantos años atrás.

A mis padres por dejarme usar su máquina de escribir y luego la computadora por horas para pasar esta historia de su cuaderno original a las hojas que conservé durante años en la parte de arriba de todos los closets que tuve. Te extraño papá, donde sea que estés. Mira mamá, publiqué un libro.

A mi esposo que muchas veces no entendía lo que estaba haciendo, pero me apoyó durante todo el camino que fue desde que decidí que iba a retomar esta historia hasta ver la luz. Te amo mi vida, eres el mejor marido que me pude conseguir.

A mis hijas que son mi principal motor en todo lo que hago y son a las que les dedico este libro y todos sus mensajes. Las amo mis bebés.

A Neska, mi gordis, que se paró conmigo todos los días a las 5:30 am a acompañarme a escribir mientras ella se echaba

en el piso sin importar cuánto frío o calor hiciera, mientras exigía que la cargara varias veces.

A mis doctoras, mi nutrióloga y mi psicóloga que me acompañaron durante todo mi proceso de salud que fue uno de los principales motivos que me llevó a reconectarme con la historia de Mónica y decidir retomarla después de vivir momentos de mucha frustración, rabia y desesperanza, pero también de tomar la decisión de salir adelante y no rendirme.

A Mari Carmen Obregón y al curso de Autor Wow por darme las bases y la confianza para perseguir este sueño audaz y creer que era posible lograrlo. Gracias Charms.

A Juan Bonilla de Bonilla Artigas Editores por creer en la historia y volverla parte de la colección Bon Art.

A María Del Valle, mi editora, que fue la primera persona en leer el manuscrito completo y dedicarle horas para ayudarme con toda su paciencia a hacerlo su mejor versión.

A Mariana Romero que hizo un excelente trabajo traduciendo mi idea a la imagen y la portada finales de la novela.

A mi familia y amigos que creyeron en esta historia y que me impulsaron a tratar de consolidar este sueño, pero en especial a mis abuelas que fueron una gran inspiración por su fortaleza y resiliencia, las quiero y extraño a ambas.

Y a ti que leíste este libro y que le diste vida a Mónica y a todos los demás personajes de este libro.

I

**CORTARSE LAS VENAS CON GALLETAS
DE ANIMALITOS REMOJADAS
EN LECHE**



La llegada

Debemos estar dispuestos a dejar ir la vida que planeamos,
para poder tener la vida que nos espera.

Joseph Campbell

El olor a pino era penetrante y comenzaba a marearle. Sentía que el monótono paisaje de árboles y más árboles que parecían correr a su lado en dirección contraria, como huyendo de su destino, la iba a enloquecer. Mónica también quería huir. Habían salido del Distrito Federal muy temprano en la mañana, así que se recargó adormilada en la ventana y la vibración del coche sobre el camino mal pavimentado la hizo pensar que a pesar de que el trayecto hacia San Lucas no era tan largo, el viaje le resultaba eterno.

Al no haber una ruta directa para llegar tuvieron que viajar primero hacia San Carlos que estaba en un valle rodeado de lo que alguna vez habían sido ingenios azucareros. Envidiaba a los coches que se dirigían en sentido contrario hacia la capital, al Distrito Federal. *¿Por qué no puede ser éste, el lugar donde tengo que vivir?* Pensó mientras atravesaban la ciudad, bueno, “ciudad” era un término relativo, porque probablemente tenía menos de un millón de habitantes, pero era inmensa en comparación con San Lucas.

—Estamos cerca, niña. Ya sólo falta media hora —dijo el Sr. García al salir de San Carlos para tomar la carretera libre. El ceño fruncido del hombre desde que se subieron al auto era una clara señal de que le urgía terminar con el encargo de entregarla.

Con cada curva el clima se fue poniendo más frío y la vegetación iba cambiando. No estaba acostumbrada a viajar en coche durante tantas horas, ya sentía todo el cuerpo tieso por no poderse mover con libertad. En la carretera entre San Lucas y San Carlos, en el kilómetro doce, se toparon de pronto con un centro comercial a medio uso, ya que la otra mitad estaba en construcción. Es más, había una gran parte del terreno todavía cubierta de maleza con un enorme árbol en medio. El espectacular decía “Plaza Florentina 2000”. *Qué pésimo nombre.*

Tendré que ir algún día a ver las tiendas. ¿Qué más hay que hacer en este lugar?

Cuando llegaron a San Lucas, Mónica ya estaba extremadamente incómoda. El aire acondicionado directo le causaba escalofríos y el asiento lo sentía demasiado estrecho. El sr. García, que venía visiblemente tenso, se relajó bastante en el momento que entraron a las calles empedradas del pueblo.

Ya estamos muy cerca del rancho de mi tía.

Hay que aceptar que tiene su encanto. San Lucas estaba rodeado de bosque, cubierto de una niebla espesa que cedía al sol matutino. Sus calles empedradas eran tan clásicas como sus casas blancas con techos de teja roja. La iglesia colonial hecha de piedra se encontraba frente al zócalo que, aunque pequeño, estaba muy bien cuidado, a un costado estaba el hotel del pueblo, seguido del único supermercado. Un par de cuadras más adelante, pasaron por el Palacio Municipal y un

centro deportivo con canchas de fútbol y basquetbol que parecía haber sido construido hace poco. El lugar en general estaba atrapado en el tiempo, muy lejano del nuevo milenio que en unos meses comenzaría.

Retiro lo dicho, odio las calles empedradas. El sr. García se volvió a poner tenso en cuanto pasaron el cementerio que estaba a las afueras justo en el camino al rancho. Al verlo, Mónica se volteó y se movió incómoda en el asiento, le hacía recordar la razón por la que estaba aquí. Juraría que el sr. García la miraba de reojo con pena. No lo podía tolerar, no necesitaba su lástima. Él estaba más afligido que ella. Se sentía vacía, como si el hueco que ya estaba ahí desde que su nana Lilia se fue, se hubiese hecho inmenso, tragándose todos sus sentimientos, sus pensamientos y sus recuerdos. Seguía sin entender lo que había pasado, que todo estaba perdido.

El cementerio la transportó de nuevo al funeral o a lo poco que podía recordar. Era como un mal sueño cuyo principio y fin se difuminaban. No habría podido decir, ni aunque le pagaran, cómo es que llegó a la misa, ni cuánto tiempo estuvo en el velorio, ni los nombres, ni los rostros de todas las personas que se le habían acercado a darle el pésame. No habían sido muchos y sabía que eran amigos de sus papás o socios de negocios o algo así, pero no significaban nada para ella. Sólo estaba esa tarde gris y particularmente fría, con nubes llenas de agua a punto de desatar una tormenta. Había ráfagas de viento que le helaban hasta la sangre y truenos que se escuchaban en la distancia, aunque no era raro que lloviera en agosto. Recordaba que en lugar de ojos rojos e hinchados, los tenía secos y limpios pero llenos de rencor y rabia. Había tanto que les quería decir y gritar, pero era demasiado tarde. Esto no era ni lo que quería ni lo que necesitaba para dejar de sentir tanto resentimiento.

Sí había llorado por ellos, pero eso ya tenía varios años. Un recuerdo le llegó de la nada, de un momento en el cuál el sentimiento de abandono era el mismo que el que ahora comenzaba a invadirla.

Era Navidad y en el centro de la sala había un árbol inmenso que brillaba tanto como una estrella. Los regalos que contenían las cajas forradas con papeles llamativos y enormes moños eran un misterio. Estaba tan contenta que salió de la sala gritando.

—¡Mamá, papá, mamá, papá! —subió las escaleras que llevaban a las habitaciones, le parecían eternas, pero no importaba. Abrió la puerta del cuarto de sus padres. —¿Mamá?... —revisó el baño—¿Papá? —vio en el vestidor —¿Dónde están?...

La habitación estaba vacía y la cama sin usarse. En la puerta de entrada se materializó la figura de su nana. La miraba tiernamente, muy conmovida y pareció limpiarse una pequeña lágrima. Se puso en cuclillas y le extendió los brazos para recibirla. Ella corrió a sus brazos confundida.

—¿Dónde están, nana?

Su nana la abrazó y la cargó.

—Ay chiquita. Se te olvidó, ¿verdad?, mi pequeño canguro. Tus papás están en Roma —le limpió las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas—. No te pongas triste nena. Te mandaron muchos regalos y Santa Claus también te trajo muchas cosas. ¡Vamos a abrirlos todos a ver qué te trajeron!

—No quiero. ¡No quiero! ¡No quiero sus tontos regalos!

Mónica se tiró al piso y empezó a patalear y a llorar. Su nana suspiró un poco exasperada e hizo un esfuerzo por ser comprensiva.

—Vamos, no llores. Ya tienes 6 años y eres toda una señorita. No puedes hacer berrinches. Ven, si dejas de llorar, te voy a dar tu leche con galletas con chispas de chocolate de desayuno. ¿Qué te parece?

—Mi mamá dice que no debo comer comida que engorda —dijo Mónica todavía llorando.

—Será nuestro secreto. Te lo prometo.

Empezó a sentir la urgencia de rascarse sus cicatrices cuando dieron la vuelta de pronto en un pequeño camino de terracería que terminaba justo enfrente de un muro de piedra gris con una reja negra que se veía bastante vieja con dos gárgolas amenazantes a los costados.

Wow, qué pésimo gusto. El sr. García paró el coche.

—Llegamos —suspiró.

Eso la sacó de su letargo y la puso en alerta. Todo su ser le gritaba que quería salir corriendo de ese extraño lugar.

—¿Realmente tengo que quedarme aquí? Ni siquiera la conozco. Quiero regresar a mi casa.

El sr. García volvió a suspirar a través de sus gruesos bigotes de morsa. Se le quedó viendo con esa mirada que le gritaba ¿Y a dónde más vas a ir?

—No me preguntes a mí, yo sólo era el chofer de tu padre. Lo siento, niña, pero seguramente va a ser para mejor. Al menos así no estarás sola.

Siempre he estado sola. No recordaba haber pasado ningún día de su vida sin sentirse así. Su nana había estado ahí para ella pero ya no estaba desde hacía meses. Desde entonces sólo sentía el vacío en su interior. Ése era su única compañía.

Cuando el sr. García se bajó a tocar el timbre, de inmediato, se escuchó a una jauría de perros ladrando y aullando. La ansiedad de Mónica iba en aumento con cada segundo, se dio

cuenta que se había rascado por la sangre que empezó a salir de su muñeca. Tomó un kleenex y sólo deseó que nadie lo notara.

El cielo comenzó a cubrirse con nubes amenazantes. Pronto empezaría a llover. Se sentía como dentro de una película de terror de la que no podía escapar, como el becerro que iba a ser sacrificado. No pudo escuchar nada, pero alcanzó a distinguir que había un intercambio de palabras con alguien al otro lado de la reja, que después procedió a abrir para dejarlos pasar. Unos diez perros salieron disparados a saludar, oler y ladrarle al sr. García que trataba de regresar al auto esquivándolos.

Mónica imaginó que en cualquier momento detrás de los perros saldría un monstruo que se la llevaría lejos y la devoraría. Una parte de ella deseaba eso, desaparecer y no estar aquí. *Es sólo unos meses en lo que logran mandarme al internado en Canadá. Sólo tengo que aguantar unos meses.* No era que le hubiera importado dejar su departamento en el Distrito Federal, nunca lo sintió como un hogar, prefería la casa en la que habían vivido antes, pero tener que venir a vivir con una tía de la cual supo de su existencia hacía menos de diez días, parecía más de lo que podía soportar, aparte de todo lo demás.

La propiedad del rancho era la más grande y antigua del pueblo, o al menos de las más antiguas. Tenía varios huertos, caballerizas, un par de gallineros y establos con ganado y cerdos. La casa era grande y de la época colonial, aunque tenía anexos y detalles que era obvio los habían agregado años después, a principios de siglo. Era una construcción de dos pisos que al parecer también contaba con un ático. Justo frente a la puerta principal había una fuente tipo francesa como las que se construyeron en el Porfiriato. Resultaba imponente aunque también tenía cierto encanto.

No se ve mal para ser mi prisión por unos meses. El sol ya había desaparecido por completo cuando se estacionaron frente a la puerta principal. El clima era un reflejo de su ánimo. Ella también sentía una tormenta en su interior. Las primeras gotas empezaron a caer.

—Bienvenida, señorita —dijo alguien que le estaba abriendo la puerta del auto—. Soy don Jorge. Mucho gusto.

—Mónica —se limitó a contestar desconfiando de su amabilidad.

—Pase, pase. La patrona la está esperando en su oficina. Después puede ir a la cocina para que doña Josefita le haga algo de comer. Nosotros bajamos su equipaje.

Mónica no estaba segura a qué *nosotros* se refería, pero no tenía ánimo de preguntar.

—Gracias.

Sentía que alguien con excesiva cortesía la estaba invitando a pasar a su ejecución. Los perros los alcanzaron y la olisqueaban con mucha curiosidad. Mónica no estaba segura de qué hacer o qué pensar porque nunca la habían dejado tener una mascota, ni siquiera un pez, porque las mascotas ensuciaban y podrían arruinar la sala blanca de su mamá, así que no sabía cómo tratar a una jauría de perros aunque fuera una afectuosa.

—No hacen nada, no se preocupe —uno de ellos le brincó encima —¡Abajo Negrito! —le gritó don Jorge —No hace nada señorita lo que pasa es que es cachorro y se emociona mucho cuando ve gente.

Se apresuró a entrar a la casa, donde otro perro viejo, cansado y algo pasado de peso la recibió moviendo la cola lentamente. Una muchacha bajita de unos veintitantos años, vestida de enfermera, se acercó a saludarla.

—Hola, soy Lorena. Tú debes ser Mónica, ¿cierto?

La muchacha se veía cansada pero le sonreía con la misma amabilidad que el señor que la había recibido. De hecho, hasta podría jurar que se parecían físicamente un poco.

—¿Mi tía está enferma?

—Si le preguntas a ella, te dirá que no. Si le preguntas a su médico, te dirá algo diferente, pero mi recomendación es que mejor no le preguntes nada.

Mónica se movió incómoda.

—¿Y mis maletas?

—Mi papá, don Jorge, se encargará de que las lleven a tu habitación. Ahorita, vamos a ir a que conozcas a tu tía. Aunque primero tenemos que esperar a que acabe con una reunión que salió de último momento. ¿Quieres un café de olla? Doña Josefita hace uno muy sabroso y justo tiene café recién hecho en la cocina. Siéntate allá y te lo traigo —la invitó Lorena sonriendo.

Mónica asintió con la cabeza.

La sala era muy grande y alta. Los muebles eran antiguos y de madera, nada cómodos para su gusto. Estaba tan tensa y cansada de estar sentada por tanto tiempo por el viaje para llegar ahí, que quedarse quieta en el sillón, era imposible. Empezó a caminar alrededor de la habitación, observando los objetos de porcelana, los libros viejos, las fotografías en blanco y negro de gente que no conocía y los cuadros colgados. Trataba de entender quién era esta mujer que ahora estaba a cargo de su vida, que no sonaba nada agradable a decir verdad.

Se asomó al pasillo, sintió que Lorena ya había tardado una eternidad, cuando al fondo se abrió la puerta de golpe. No tuvo tiempo de reaccionar, estaba ahí parada en la mitad sin tener a dónde correr o esconderse.

—¡La voy a demandar, vieja bruja!

Un hombre salía gritando de la habitación que sólo podía ser la oficina de su tía.

—¡La que te va a demandar soy yo a ti por ladrón! ¡Verás que el que las va a pagar eres tú!

El hombre volteó y vio a Mónica toda confundida.

—Bienvenida al infierno, niña —exclamó el hombre y siguió caminando, gritando groserías hasta salir por la puerta principal.

—¿Eres tú, Mónica? Pasa, niña —preguntó una voz cansada pero con mucha autoridad.

Diablos. ¿En qué me acabo de meter? Suspiró para armarse de valor.

—Sí, soy yo —dijo mientras entraba a la habitación y la observaba.

Era un despacho que se veía muy antiguo, de la época del Porfiriato igual que la fuente, y nunca más se hubieran molestado en modernizarlo. Todos los muebles eran de madera, se veían grandes y pesados. Detrás de su tía había decenas, sino es que cientos, de libretas rojas de pasta dura y ella estaba sentada al centro de un gigantesco escritorio que la hacía ver como si estuviese sentada en un trono que le quedaba demasiado grande.

—Lamento lo de tus padres —exclamó con una voz que se oía algo fatigada o hastiada, aunque Mónica no estaba segura si era por ser algo mayor o por el encuentro que acababa de tener y que la había dejado alterada y de no muy buen humor. Cualquiera de los dos, no parecía ser buena señal —. Cierra la puerta. ¿Cuántos años tienes?

—Quince años —respondió mientras se acercaba lentamente a la anciana. Más cerca, pudo distinguir que su apa-

riencia frágil era engañosa, porque sus ojos brillaban con gran intensidad, casi fiereza.

—Te ves cansada.

—Lo estoy. Fue un largo viaje para llegar hasta aquí — contestó molesta y un poco ofendida. Esta mujer no sabía ni su edad, a duras penas sabía su nombre y la observaba con mucha atención, parecía estar buscando algún defecto en su apariencia o tratar de ver a través de su alma para descubrir qué se escondía abajo. No esperaba que lo que descubriera le fuera a gustar. Mónica tampoco estaba segura de que lo que ella hallaría pudiera llegar a gustarle.

—Te veo pálida y demasiado delgada. Pareciera que mi sobrina no te alimentaba lo suficiente —dijo con dureza.

Mónica se puso a la defensiva. Por alguna extraña razón, no le gustaba la forma en la que se expresaba de su madre y mucho menos el hecho de que la estuviera juzgando a ella también.

—Acaban de fallecer mis padres. Estoy devastada. ¿Cómo espera que me vea?

Le vino de forma repentina a la cabeza, el nicho en el cementerio y depositar las cenizas, sólo podía sentir cómo se llenaba de rabia. *Los odio, los odio tanto. Quería escupirles y tal vez con eso borrar el daño que le habían causado. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo pudieron hacerme esto? Ahora estoy más sola que nunca. Es tu culpa, mamá, por querer superar a tus amigas con un viaje más espectacular y la tuya, papá, por dejar que la situación se saliera de las manos. Es culpa de ambos por no hacer el esfuerzo de salvarse. Ojalá se pudran en el infierno. Me quitaron todo. Me quitaron a mi nana. No sabían ni mi edad. Nunca los voy a perdonar.* Estaba otra vez ahí parada enfrente de sus nombres, pensando en cómo nunca iba a regresar a ese lugar.

Recordó cómo tuvo que volver al departamento y empacar todo lo que tenía en un par de maletas para irse a vivir a ese rancho en el que ahora se encontraba y del cuál no sabía nada.

Devastada... ¿o no? Devastada se sintió cuando Lilia se fue precisamente por órdenes de sus padres. Ahora no estaba segura. Casi no comía desde la partida de su nana y no recordaba cuándo había comido algo por última vez antes de venir. *¿Cómo voy a saber a qué hora comer si no hay nadie que se esté haciendo cargo de mí? Bueno mis papás nunca lo hicieron, así que ahora menos.*

Su tía casi sonrió.

—Veo que tienes un espíritu desafiante. Ya irás aprendiendo cómo tratar a los demás de forma respetuosa. Por lo pronto, necesitas ir a comer algo. ¡Lorena!

Una cabeza se asomó desde afuera de la oficina.

—¿Si?

—Por favor, lleva a esta niña a que doña Josefa le dé algo de comer y que se instale. Yo tengo que hablar con el abogado. No, no quiero tomarme esas pastillas.

Lorena se estaba acercando con un pastillero y un vaso de agua.

—Tiene que tomarse sus medicinas desde hace rato.

Le hablaba con cierta autoridad, pero también mucha paciencia y respeto.

—¡Déjamelas aquí! ¡Vayan a la cocina! Necesito trabajar. A ti te veo a la hora de la cena.

Les hizo señas con la mano para que se salieran. Tomó una agenda telefónica y el teléfono que tenía en el escritorio.

Lorena suspiró tan pronto cerró la puerta. Volteó a ver a Mónica y con ojo clínico parecía estar examinándola, tal como lo haría con un paciente. Sin decirle nada, le tomó la

muñeca para medir su ritmo cardiaco, notó el rasguño pero no dijo nada. Mónica le arrebató la mano.

—Estás muy pálida. Tienes que comer algo.

¿Por qué todo el mundo quiere darme de comer en esta casa?

Era bastante molesto que criticaran su apariencia y le dijeran lo que tenía que hacer cuando no tenía ni una hora de haber llegado.

—Sí comí algo antes de venir para acá —mintió.

—¿A qué hora?

—No me acuerdo.

—Ven. Doña Josefita hace bien rico de comer y jamás me perdonaría si no te llevo a la cocina para que te alimente antes de cualquier otra cosa.

Toda la casa daba a un patio central donde había una fuente y un pequeño jardín. Parecía haber sido construida como en dos partes: la casa original probablemente de la época colonial y una extensión años después pero ya de este siglo, aunque dicha expansión era obvio que había sucedido muchos años antes de que ella naciera. En la parte original de la casa, que tenía dos plantas y un ático, estaba la sala, la oficina y la escalera que daba a lo que eran las habitaciones o parte de ellas. En el comedor se veía que empezaba la ampliación en la que habían añadido habitaciones y la cocina que era hacia donde se dirigían. Parecía que en algún momento había habido la expectativa de que la casa sería ocupada por más y no únicamente por una anciana sola que no tenía ningún otro pariente aparte de la misma Mónica.

—Esa parte es la casa original, pero de este lado está lo que tu tío construyó cuando él y tu tía se casaron. Creo que esperaba que iban a tener muchos hijos, pero eso no pasó —daba la impresión de que Lorena podía leerle los pensamientos,

hizo una pausa, pero Mónica no dijo nada —. Aquí está la cocina de adentro y por ahí se sale a la cocina de afuera.

—¿Por qué hay dos cocinas?

—La de adentro es para la casa y la de afuera alimenta a los jornaleros, caballerangos y todos los empleados que trabajan en el rancho. Ahí es donde se come mejor, la verdad —esto último se lo dijo como si le estuviera contando un secreto muy importante. Mónica no pudo evitar sonreír ligeramente —. Ahí es a donde vamos. Hay champurrado, café y tamales.

—¿Qué es champurrado?

Lorena la vio horrorizada.

—¿No sabes qué es el champurrado? Te va a encantar.

Doña Josefa daba órdenes en su cocina como un general en la mitad del campo de batalla. Vigilaba cada olla, cada tortilla, cada taza con precisión y regañaba a las muchachas que estaban sirviendo en ese momento a lo que parecía ser un cambio de turno. Su trenza larga y blanca iba moviéndose a toda velocidad entre las mesas donde servían de comer que estaban debajo de un techo de lámina. Su rostro serio se suavizó inmediatamente al ver a Lorena y la enorme ternura en su cara y sus ojos abrumó a Mónica que no esperaba algo así.

Lorena sonrió.

—Ella es Mónica, la sobrina de la patrona. Necesita comer algo porque no ha comido nada en toda la mañana. ¿Nos puedes dar algo Josefita?

—¡Pero claro, mi niña! ¡Mírate nomás! Tan bonita y tan flacucha. ¿Qué no te dan de comer en el DF?

¿Qué les pasa en este pueblo que todo el mundo me quiere dar comida? ¿Por qué no me dejan en paz?

—Siéntate aquí, niña. Ahorita te traigo un tamal y champurrado. Luego si quieres te hacemos unas quesadillas. ¿O prefieres unos sopes?

—¿No puedo sólo el café?

—¡Pero claro que no! ¿Qué pregunta es esa? Ahorita te traigo tu tamal verde.

Mónica no sabía qué pensar en ese momento. Nadie nunca le decía qué hacer, al contrario. En su casa, si no quería comer, nadie opinaba nada. No desde que su nana se fue. A veces se daba cuenta que no había comido en al menos un par de días porque empezaba a sentir que se desmayaba. Lorena la veía un poco seria, casi como si estuviera enojada con ella. *¿Cuál es tu problema?*

—Tu tía ya no pudo decirte porque le salió el problema urgente, pero ya te inscribió en la prepa de aquí. Al rato te contará.

—Pero yo me voy a ir a estudiar a Canadá.

Lorena se encogió de hombros.

—Honestamente no sé. Ya tendrás que verlo con ella en la cena. Lo que sé es porque yo le ayudé con algunas cosas porque mi hermana también va a esa escuela en el mismo grado que tú.

Eso le llamó la atención, pero antes de que pudiera decir algo, doña Josefita llegó con un tamal enorme y un jarrito de barro lleno hasta el borde de champurrado. Se quedó parada justo enfrente de Mónica. Le tomó unos segundos, pero se dio cuenta que la estaba esperando a que mordiera el tamal y bebiera ese líquido caliente y espeso que olía como a chocolate, pero con algo diferente. *¿Canela? ¿Especias? ¿Qué ingrediente tendrá esta bebida?*

—Mmmm... delicioso —declaró porque sentía que era la respuesta que doña Josefita esperaba de ella. Y en efecto, son-

rió satisfecha y se le llenaron los ojos de orgullo y ternura. Después, se dio la vuelta y se fue a seguir dando órdenes a la cocina.

—Te lo vas a tener que acabar, lo siento —Lorena otra vez parecía estarle leyendo la mente—. Algo que deberás aprender es que siempre te tendrás que comer lo que sea que te ofrezca doña Josefita. No me veas con esa cara, es la ley.

Mónica la vio horrorizada. Era demasiada comida.

—Tengo que ir a asegurarme de que tu tía tome sus medicinas, pero regreso en un rato más para llevarte a tu habitación. No le vayas a dar mucho a Negrito, porque si le da chorro puede ser que te pongan a ti a limpiar atrás de él. Más vale que seas tú quien se acabe al menos la mitad de ese tamal.

Consternada Mónica miró su plato y comenzó a beber traguitos del champurrado.

—Así que tú eres la nieta de don Jaime —dijo doña Josefita cuando vino a supervisar cómo iba con la labor de comerse su tamal. Iba mal.

—¿Lo conoció?

—Sí, hace muchos años lo llegué a ver en el pueblo antes de la boda de tu tía. Sé que se peleó con su hermana, tu tía, y se fue del pueblo al Distrito Federal y la última vez, después de que falleció su papá, vino al funeral con su familia. Ahí vi de lejos a tu mamá, pero se fue luego luego y nunca regresó.

—Nunca lo conocí. Ni siquiera sabía que había vivido aquí y menos que mi mamá había estado en este lugar. No tenía idea de nada.

—Mi más sentido pésame por tus padres mi niña, que Diosito te dé pronta resignación.

Doña Josefita hablaba con toda honestidad y con la afectación que suele sentir alguien que siempre se interesa por todos los que están a su alrededor.